

The background is a vibrant red, overlaid with a network of black, jagged, crack-like lines that radiate from the center. A faint, circular, metallic-looking frame is centered behind the text.

DMITRY
GLUKHOVSKY
**METRO
2035**

timunmas

METRO 2035

METRO 2035

DMITRY GLUKHOVSKY

timun**mas**

Título original: *Metro 2035*

Traducción: © Joan Josep Mussarra Roca, 2016

Fotografía de interior: © Verónica Arenas

Primera edición: octubre de 2016

© Dmitry Glukhovsky

Publicado mediante acuerdo con www.nibbe-wiedling.de

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Avda. Diagonal, 662-664, 7.ª planta. 08034 Barcelona

Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

www.timunmas.com

www.planetadelibros.com

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-0401-2

Preimpresión: Pleka

Depósito legal: B. 17.283-2016

Impreso en España por Egedsa

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual

(Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



1

AQUÍ MOSCÚ

No puede ser, Artyom.

—¡Abre! Te digo que abras.

—Son órdenes del jefe de estación. No puedo dejar salir a nadie.

—¿Cómo que a nadie? Tú lo que quieres es tocarme los huevos, ¿no?

—¡Yo sólo cumplo órdenes! Tengo que mantener la puerta cerrada... para que la estación quede bien protegida contra la radiactividad. Ésas son las órdenes que me han dado, ¿entiendes?

—¿Te las dio Sukhoy? ¿Ha sido mi padrastro quien te ha dado esa orden? Abre de una vez.

—No quiero tener un disgusto por tu culpa, Artyom...

—Bueno, pues si no quieres abrirla, la abriré yo mismo.

—¿Hola? ¿Alexander Alexeyevich? Sí, soy el centinela... Tengo aquí a Artyom... sí, Artyom, su muchacho. ¿Qué tengo que hacer con él?... Entiendo. Quedamos a la espera.

—Bravo, Nikita, ya te has chivado. ¡Ahora márchate de aquí! Voy a abrir. ¡Me da igual todo, pienso ir afuera!

Pero en aquel mismo instante salieron otros dos hombres del cuerpo de guardia, se metieron entre Artyom y la puerta y lo hicieron retroceder con empujones sin ninguna violencia. Aunque ninguno de los guardias se pusiera agresivo de verdad, Artyom —que de todos modos estaba exhausto, tenía unas ojeras descomunales y la salida del día anterior todavía agarrada a los huesos— no pudo con ellos. Algunos curiosos se acercaban con disimulo: monigotes sucios con cabellos mugrientos, tan flacos que parecían transparentes; amas de casa hinchadas, con las manos azuladas de tanto lavar en agua gélida; porquerizos exhaustos que salían del túnel de la derecha y tan sólo acertaban a mirar con apatía. Hablaban en susurros, miraban a

Artyom y a lo que había detrás de él. En sus rostros se pintaba... el diablo sabrá qué.

—No quiere entrar en razón. ¿Para qué quiere salir?

—Es cierto. Y cada vez que sale se abre la puerta. ¡Y entonces entra toda la porquería de arriba! Será imbécil...

—Oye, no hables así..., no puedes hablar así sobre él. Sea como sea, Artyom nos... nos salvó. A todos nosotros. También a tus hijos.

—Sí, eso es cierto. ¿Y qué? ¿Para qué nos salvó? Si sale se va a cargar de radiación... y cuando vuelva también nos va a tocar algo a nosotros.

—En todo caso, ¿para qué diablos quiere salir? ¡Si por lo menos tuviera un motivo...!

En aquel momento apareció una cara que destacaba sobre todas las demás, un rostro con el bigote descuidado y los pocos cabellos canos que aún le quedaban peinados hacia un lado sobre la calva. Era una cara construida con líneas rectas y ángulos, sin la más mínima redondez. Y lo mismo se podía decir del resto de su cuerpo: rígido e inflexible como goma dura, como si le hubieran desecado el cuerpo en vida. Su voz se hallaba en la misma línea.

—Que todo el mundo se marche a casa. ¿Me habéis oído?

—Ese de ahí es Sukhoy. Ha venido Sukhoy. Se llevará a su muchacho.

—Tío Sasha...

—¿Otra vez tú, Artyom? Lo habíamos hablado...

—Ábreme, tío Sasha...

—¡Que todo el mundo se marche a su casa! No pienso repetirlo. ¡Aquí no hay nada que valga la pena mirar! Y tú vendrás conmigo.

Pero Artyom se sentó en el suelo de granito pulido y frío. Recostó la espalda contra la pared.

—Ya basta —dijo Sukhoy, sin apenas voz, tan sólo con los labios—. Todo el mundo está cuchicheando.

—Tengo que salir. Tengo que ir arriba.

—¡Ahí no hay nada! ¡Nada! ¡No hay nada que puedas ir a buscar!

—Tío Sasha, ya te he dicho que...

—¡Nikita! ¿Qué haces ahí mirando? Venga, saca de aquí a la gente...

—¡A la orden, Alexander Alexeyevich! —Fue como si Nikita despertara de pronto. Y empezó a echar a la gente que los rodeaba—. Eh, ¿alguien no se ha enterado? ¡Fuera! Marchaos todos...

—Todo esto es un disparate. Escúchame... —Sukhoy sacó el aire de los pulmones, se ablandó de pronto, se arrugó... y se sentó junto a Artyom—. Acabarás por morir. ¿Tú te crees que el traje te va a proteger contra la radiación? ¡Pero si es como una criba! ¡Lo mismo podrías ir con un jersey de lana!

—Bueno, ¿y qué?

—Ni siquiera los stalkers salen tan a menudo como tú... ¿Se te ha ocurrido medir la dosis de radiactividad que has recibido? ¿Qué es lo que quieres? ¿Vivir o morir?

—Yo sé que lo oí.

—Y yo sé que te lo imaginaste. No queda nadie que pueda mandar señales. ¡Nadie, Artyom! ¿Cuántas veces tendré que decírtelo? No queda nadie. Todos los supervivientes estamos en Moscú. Somos los únicos.

—No me lo creo.

—¿Y tú piensas que me importa lo más mínimo lo que puedas creer? ¡Lo que me preocupa es que se te caiga el cabello! ¡Que mees sangre! ¿Quieres que se te quede la polla seca?

Artyom se encogió de hombros. Se quedó en silencio. Miró hacia otro lado.

Sukhoy seguía esperando.

—Lo oí. Aquella vez en la torre. Cuando la antena de Ulman.

—Pero nadie más ha oído nada. Nunca. Por mucho rato que hayan pasado escuchando. No se capta ninguna señal de radio. Entonces, ¿para qué vas a salir?

—Voy a subir ahora mismo. Y ya está.

Artyom se puso en pie y estiró la espalda.

—Quiero tener nietos —le dijo Sukhoy, que siguió sentado.

—¿Para que vivan aquí? ¿Es el subsuelo?

—En el metro —lo corrigió Sukhoy.

—En el metro —aceptó Artyom.

—Y quiero que tengan una vida normal. Si es que llegan a nacer. Pero ahora...

—Diles que abran, tío Sasha.

Sukhoy miraba al suelo. Al granito negro y brillante. Como si allí hubiera algo digno de verse.

—¿Has oído lo que dice la gente? Que te volviste loco. Cuando estuviste en la torre.

Artyom hizo una mueca, como una sonrisa aviesa.

Respiró hondo.

—¿Sabes lo que habrías tenido que hacer para poder tener nietos, tío Sasha? Engendrar a tus propios hijos. A ellos sí que podrías darles órdenes. Y así, por lo menos, tus nietos se parecerían a ti... y no a vete a saber quién.

Sukhoy frunció el entrecejo. Permaneció en silencio unos segundos.

—Déjalo salir, Nikita. Que se muera. A la mierda.

Nikita obedeció en silencio. Artyom asintió con satisfacción.

—Volveré enseguida —le dijo a Sukhoy desde la esclusa.

Éste se apoyó en la pared para levantarse, le dio la espalda a Artyom y se marchó arrastrando los pies y puliendo todavía más el granito.

La puerta de la esclusa volvió con gran estrépito a su lugar y los cerrojos la sellaron de nuevo. Una lámpara se encendió de pronto —veinticinco años de garantía— y arrojó una luz intensa y desagradable desde el techo. Se reflejó sobre las baldosas como un sol mortecino de invierno. Todo el recinto de la esclusa, hasta la última pared de acero, quedó sepultado en el resplandor. Una silla de plástico desgastada que se utilizaba para reposar o para atarse las botas; un traje a prueba de radiación de aspecto deprimente colgado de un gancho; en el suelo, un desagüe, y a su lado una manguera de goma que se empleaba en la descontaminación. En un rincón había todavía una mochila del Ejército. De la pared colgaba un auricular blanco, como una especie de teléfono público.

Artyom se puso el traje. Le quedaba holgado, como si hubiera sido de otra persona. Se sacó del bolsillo la mascarilla para respirar. Tiró de la goma, se puso la mascarilla sobre el rostro, parpadeó. Sus ojos se estaban acostumbrando al visor redondo y empañado. Agarró el auricular.

—A punto.

Se oyó un fuerte crujido y la pared de acero —que no era una pared, sino una puerta hermética— empezó a subir. Entró desde fuera un sople de aire frío y húmedo. Artyom, tiritando, cargó con la mochila. Pesaba tanto como si un hombre se le hubiera subido sobre los hombros.

Echó un vistazo a la escalera mecánica resbaladiza y gastada. La estación de metro VDNKh se hallaba a sesenta metros bajo tierra. Lo bastante profunda como para que los bombardeos no la afectaran. Por supuesto que si una cabeza nuclear hubiera golpeado Moscú no habría quedado más que una gigantesca fosa repleta de cristales. Pero los sistemas de defensa habían interceptado las cabezas nucleares muy por encima de la ciudad. Lo único que había llegado al suelo habían sido sus fragmentos radiactivos, pero ya sin capacidad para explotar. Tan sólo por ese motivo Moscú no había sufrido grandes daños, y se asemejaba a su forma anterior como la momia a un faraón. Brazos y piernas estaban todavía donde tenían que estar, había una sonrisa en sus labios...

Otras ciudades, por el contrario, no disponían de ningún sistema de protección contra los misiles.

Artyom se acomodó la mochila sobre la espalda, se santiguó furtivamente, tensó las correas demasiado flojas e inició el ascenso.

La lluvia repiquetea sobre su casco de acero. Artyom siente el golpeteo sordo sobre el cráneo. Las botas de goma se hunden en el cieno, unos arroyos arrastran herrumbre desde algún lugar más arriba hasta otro lugar más abajo, las nubes se ciernen en lo alto, en ninguna parte se divisa un hueco. El diente del tiempo se ha hincado en los edificios vacíos. No hay nadie en la ciudad. No hay un alma desde hace más de veinte años.

Al final de una avenida de árboles húmedos y deshojados se yergue el enorme arco por el que se accedía al recinto conocido como Centro Panruso de Exposiciones, más conocido por las iniciales VDNKh. Vaya colección de curiosidades: imitaciones de templos antiguos en los que en otro tiempo había brotado la esperanza de futura grandeza. Por aquel entonces aún creían que aquella grandeza germinaría al cabo de poco, tal vez cuando llegara otro mañana. Pero no hubo mañana.

El VDNKh se ha transformado en un lugar hostil para toda vida.

Hace tan sólo unos pocos años vivía aquí todo tipo de criaturas, pero ahora ya no están. Hubo quien abrigó la esperanza de que la radiactividad de la superficie remitiera y que los seres humanos pudieran regresar a la superficie. Al fin y al cabo, los mutantes andaban por todas partes, y eran animales, aunque fueran motivo de temor...

Pero lo que sucedió fue justamente lo contrario. La capa de hielo que cubría la Tierra desapareció, la propia Tierra empezó a respirar y a sudar, y los niveles de radiación ascendieron de golpe. Los desesperados mutantes clavaron sus garras en la vida, pero todos los que no huyeron acabaron por morir tarde o temprano. El hombre, por el contrario, está agazapado bajo la tierra, vive en las estaciones de metro y no tiene ninguna intención de morir. El hombre no necesita mucho. El hombre es más duro que las ratas.

El contador Geiger de Artyom cruje al medir la radiación. Artyom piensa: «No volveré a llevármelo. Sólo sirve para ponerme nervioso. ¿Acaso cambia algo con su sonido? Mientras no me haya muerto, puede crujir todo lo que quiera.

»Que hablen lo que quieran, Zhenya. Por mí pueden ir diciendo que me he vuelto loco. No estuvieron allí... en la torre. Ellos no salen nunca de su querido metro. ¿Qué van a saber? Loco... Yo los exterminé a todos ellos con una bomba... escucha lo que te digo: en el mismo instante en que Ulman montó la antena allí arriba... en cuanto la tuvo instalada... fue entonces. ¡Lo oí muy bien! Y... ¡no, gilipollas!, no fueron imaginaciones mías. ¡Nadie quiere creermelo!».

Un cruce de autovías se yergue frente a él. Las pistas de asfalto quedaron detenidas en un movimiento ondular y se han sacudido los coches de en-

cima como si fueran insectos. Yacen desperdigados por el suelo, algunos sobre sus cuatro ruedas, otros sobre el techo, y todavía están como cuando murieron.

Artyom echa una rápida ojeada a su alrededor y empieza a subir por la lengua despellejada que fue una rampa de acceso. Ya no queda mucho, tal vez un kilómetro y medio. Al llegar a la lengua siguiente divisa los rascacielos tricolores. Antaño los pintaron en blanco, azul y rojo triunfales. El tiempo los ha cubierto a ellos y a todo lo demás con una pátina grisácea.

«¿Por qué no me creen? Pues porque no me creen, y nada más. De acuerdo, hasta ahora no hemos recibido ninguna señal. Pero ¿desde dónde las buscan? Desde el subsuelo. Ninguno de ellos estaría dispuesto a intentarlo en la superficie, ¿verdad? Mira, piensa en lo que te digo: ¿Es posible que tan sólo hayamos sobrevivido nosotros? ¿No queda nadie más? ¿En todo el mundo? ¿Pero si es una idea descabellada! ¿No te lo parece?».

Se esfuerza por impedir que la torre de Ostankino entre en su campo visual, pero no es posible no verla. Por muchas vueltas que dé, la torre siempre flota en los límites de su visión periférica, como si fuera un rasguño en el cristal del visor. Negra, húmeda, derruida hasta el mirador, como un brazo que surgiera del subsuelo con el puño cerrado, un gigante que quisiera abrirse paso hasta la superficie pero ha quedado preso en el cieno rojizo de Moscú, atrapado en la tierra compacta y húmeda, atrapado y estrujado hasta morir.

«Aquella vez que estuve en la torre —Artyom señala con la cabeza hacia allí, con el cuello rígido—... cuando aguardábamos la señal de Melnik... en medio de todas aquellas interferencias... te lo puedo jurar por todo lo que tú quieras... ¡Oí algo! ¡Se oyó algo!»

Dos colosos se yerguen sobre el bosque desnudo: el obrero y la koljosiana, entrelazados en una extraña pose. Parece que ambos resbalen sobre una superficie de hielo, o que bailen un tango sobre el parquet, pero sin mirarse. De algún modo parecen asexuados. ¿Hacia dónde miran? ¿Acaso desde las alturas alcanzan a ver lo que hay más allá del horizonte? ¿A quién puede interesarle?

A la izquierda se encuentra la rueda del diablo de la VDNKh, gigantesca, como si fuera una tuerca del mecanismo que hace girar la Tierra sobre su eje. Hace más de veinte años que se detuvo el mecanismo y con él la rueda, y se quedó quieta y se ha ido cubriendo poco a poco de herrumbre.

Está acabada.

Sobre la rueda está escrito 850. Ésa era la edad de Moscú cuando la construyeron. Sería absurdo actualizar el número. Si no hay nadie que siga la cuenta del tiempo, es como si éste se detuviera.

Los rascacielos feos y deprimentes, que en otro tiempo fueron blancos, azules y rojos, cubren ya medio mundo. No falta mucho para llegar. Son los edificios más grandes de esa zona, aparte de la torre rota. Ése es el lugar. Artyom echa la cabeza para atrás y contempla la cumbre. En el mismo instante siente dolor en las rodillas.

—Quizás hoy... —pregunta Artyom sin interrogante, aunque sepa muy bien que el cielo se ha taponado los oídos con algodón.

Por supuesto que nadie lo ha oído.

La entrada.

Una entrada como cualquier otra.

El interfono olvidado. La puerta de acero sin electricidad. En la cabina del conserje hay un perro muerto. Los buzones de hojalata golpetean bajo la corriente de aire. Ya no quedan cartas ni folletos publicitarios en su interior. Hace tiempo que alguien lo sacó todo y lo quemó, para que por lo menos sus manos estuvieran calientes.

Hay tres ascensores alemanes relucientes. Las puertas están abiertas, en su interior no hay herrumbre, y brillan, como si se pudiera entrar y subir con ellos hasta lo alto del rascacielos. Artyom los odia por ello. A su lado está la salida de emergencia. Artyom sabe muy bien lo que encontrará al otro lado. Ya está contando: cuarenta y seis pisos a pie. Siempre tiene que recorrer a pie el camino hasta el Gólgota.

—Siempre... a pie...

La mochila ya pesa una tonelada. Y esa tonelada aplasta a Artyom sobre el hormigón, lo entorpece al caminar, hace que pierda el paso. Y sin embargo, Artyom sigue adelante, y habla consigo mismo como en trance.

—Sí, bueno y qué importa que no haya misiles... defensa... da igual... tienen que... en algún lugar tienen que... seres humanos... es imposible que sólo aquí... que sólo en Moscú... sólo en el metro... aquí la Tierra... todavía está sana... no ha reventado... el cielo... se purifica... no puede ser... que toda la Tierra... América... Francia... China... o por lo menos Tailandia... qué habrán hecho ésos... ellos no estaban...

Por supuesto que Artyom, a sus veintiséis años, no ha estado nunca en Francia ni en Tailandia. Un poco más joven y no habría llegado a conocer el mundo antiguo. Nació demasiado tarde. La geografía del nuevo mundo es algo más pobre. Estación de metro VDNKh, estación de metro Lub-yanka, estación de metro Arbatskaya... la Línea de Circunvalación. Pero siempre que pasa las páginas de aquella revista de viajes antigua e insólita y contempla las ilustraciones enmohecidas de París y Nueva York, Artyom cobra consciencia de que esas ciudades están en algún lugar, de que siguen en

pie, de que no se han venido abajo. De que aguardan... de que tal vez lo aguarden a él.

—¿Por qué... por qué tendría que haber sobrevivido tan sólo Moscú? ¿Sería ilógico, Zhenya! ¿No te das cuenta? ¿Sería ilógico! Eso significa que... que todavía no hemos captado sus... sus señales. Tengo que seguir investigándolo. Rendirse está prohibido... prohibido.

El rascacielos está vacío, pero alberga sonidos y vida. El viento sopla en sus balcones, abre y cierra las puertas, silba en los pozos de los ascensores, cruje en cocinas y dormitorios ignotos, hace ruido como si los habitantes de las viviendas hubieran regresado. Pero Artyom no se lo cree, no se da la vuelta, en ningún momento se le ocurre contar con que haya alguien.

Tiene muy claro lo que encontraría detrás de las puertas que golpetean intranquilas: pisos saqueados. Lo único que tal vez hallaría son fotos por el suelo, de desconocidos que ya murieron, que se habían sacado fotos a sí mismos. Fotos que ya no le traen recuerdos a nadie. O tal vez quede un mueble de gran tamaño que nadie ha logrado llevarse al metro, ni al más allá. En las otras casas, la onda expansiva destrozó la mayoría de las ventanas. Aquí, los cristales dobles han aguantado. Pero al cabo de dos décadas se ha acumulado el polvo hasta el punto de que parece que los hayan cubierto con una película gris.

En otros tiempos, al visitar los apartamentos, aún era posible encontrar a un antiguo inquilino que hundía el respirador de la máscara contra un juguete, y balbucía y lloraba, sin darse cuenta de que alguien se le acercaba por la espalda. Pero hace mucho tiempo que Artyom no encuentra a nadie. Hace tiempo que el hombre del respirador yace inmóvil con un agujero en la espalda, al lado de su ridículo juguete, y su mirada lo dice todo: aquí no se puede vivir. Aquí no hay nada, salvo hormigón, ladrillos, lodo, asfalto resquebrajado, huesos amarillentos, podredumbre y, por supuesto, la radiactividad. Así es en Moscú... y en el mundo entero. Tan sólo queda vida en el metro. Es un hecho. Todo el mundo lo sabe.

Todo el mundo, excepto Artyom.

¿Y si en esta tierra sin fin quedase un lugar apropiado para la vida humana? ¿Para Artyom y Anya? ¿Para todos los que viven en la estación? ¿Un lugar donde no hubiera que pasarse toda la vida bajo un techo de acero, donde se pudiera crecer hasta el cielo? ¿Donde cada uno pudiera construirse una casa, vivir su propia vida y poco a poco volver a poblar un planeta abrasado?

—Toda nuestra gente... podría vivir allí... bajo el cielo abierto.

Cuarenta y seis pisos.

Podría detenerse en el cuarenta, incluso en el treinta. Nadie le ha dicho a

Artyom que tenga que subir hasta la azotea. Pero el muchacho se ha metido en la cabeza que esto sólo puede funcionar desde el punto más alto.

—Por supuesto que... esto... no... es tan alto... como la torre... entonces... pero... pero...

El visor de la máscara se ha empañado, el corazón le martillea dentro del pecho. Es como si alguien se hubiera fabricado su propio cuchillo y, para probarlo, tratara de introducirlo entre las costillas de Artyom. El aire entra con dificultad por el filtro de la máscara. Falta vida. Artyom llega al piso cuarenta y cinco, y ya no puede más —como aquella otra vez, en la torre—, se arranca de la cara la opresiva piel de goma y toma una bocanada de aire dulce, amargo. Un aire muy distinto del que se respira en el metro. Fresco.

—La altura... quizá... ya son... quizá trescientos metros... la altura... quizá así... sí probablemente... en la altura... captaré algo.

Deja la mochila en el suelo. Lo ha conseguido. Con la espalda rígida, empuja todo el cuerpo contra la portezuela, logra abrirla y trepa por la plataforma. Sólo entonces se deja caer. Se queda echado y contempla las nubes, que ahora parece que estén al alcance de su mano. Se da ánimos a sí mismo, aguarda a que su aliento se vuelva a acompasar. Y se sienta.

Lo que se ve desde allí...

Es como si hubiera muerto y volado hasta el paraíso, pero entonces se habría estrellado contra un techo de cristal y se habría quedado allí pegado, sin posibilidad de seguir subiendo ni de volver a bajar. Sólo hay algo que tiene claro: no puede volver a bajar. Después de ver desde tan arriba que la vida sobre la Tierra parece de juguete, ¿cómo podría volver a tomársela en serio?

A su lado se yerguen otros dos rascacielos muy parecidos, en otro tiempo llenos de color, ahora grises. Pero Artyom siempre sube a éste. Aquí se siente casi como en casa.

Por un instante se abre una aspillera entre las nubes y el sol dispara a través de ella un rayo de luz. En ese mismo momento algo parece refulgir en el edificio de al lado, tal vez desde la azotea, o desde una de las ventanas cubiertas de polvo de los pisos de arriba. Como si alguien hubiera captado la luz con un espejo. Pero cuando Artyom se da la vuelta, el sol ha vuelto a encastillarse y el fulgor ha desaparecido. Y no vuelve a brillar.

Los ojos de Artyom se vuelven una y otra vez, aunque el muchacho trate de evitarlo, hacia la selva totalmente transformada que crece en el lugar donde había estado el Jardín Botánico. Y hacia el desierto de tierra negra y yerma que se halla en su núcleo más íntimo. Es un lugar muerto, como si el Señor hubiera arrojado allí un último resto de azufre ardiente. Pero no lo hizo el Señor...

El Jardín Botánico.

Artyom lo recuerda de otro modo. Es el único lugar que recuerda de todo el mundo que desapareció con la guerra.

Qué raro. Toda su vida es una sucesión de baldosas, trechos de túnel, techos que gotean y riachuelos junto a las vías, granito y mármol, calor insoportable y luz eléctrica. Pero de pronto aparece un retazo de algo distinto: una fresca mañana de mayo, un verdor rozagante y tierno como un niño sobre el tronco delgado de los árboles, los caminos marcados con tizas de colores en el parque, una cola insoportablemente larga para comprar el helado de nata, y luego el propio helado, en su cucurucho, no sólo dulce, sino una delicia ultraterrena. Y la voz de la madre, débil y desfigurada por el tiempo, como por un cable telefónico de cobre. Y la calidez de sus manos, de las que Artyom no puede soltarse, porque si no se perdería, y por eso se agarra con todas sus fuerzas. Pero ¿es posible conservar un recuerdo como ése? Probablemente, no.

Y todo lo demás... Todo es tan extraño e imposible que Artyom ya no sabe si ocurrió de verdad o si sólo es un sueño. Pero ¿cómo podría tener un sueño semejante si en su vida había visto ni conocido nada igual?

Artyom ve con exactitud las líneas de tiza en los caminos, las agujas doradas del sol entre los huecos del follaje, el cucurucho en la mano, los cómicos patos anaranjados sobre el espejo refulgente y marrón del estanque, el puente que se mecía sobre éste. Cuán grande era su miedo de caerse al agua... ¡y todavía peor, de que se le cayera el cucurucho!

Artyom no logra acordarse de su rostro, del rostro de su madre. Ha tratado de conjurarlo, ha rezado antes de acostarse por poder contemplarla, aunque fuera en sueños, aunque tuviera que olvidarla por la mañana. Todo ha sido en vano. ¿No queda en el interior de su cabeza ni siquiera un pequeño rincón en el que se oculte su madre, en el que haya podido sobrevivir a la muerte y la negrura? Está claro que no. Pero ¿cómo es posible que un ser humano exista, y que después desaparezca del todo?

Y aquel día, aquel mundo... ¿adónde se marcharon tras desaparecer? Todavía están aquí, aquí al lado, Artyom sólo tiene que cerrar los ojos. Seguro que es posible regresar con ellos. Deben de haberse preservado en algún lugar de la Tierra. Todavía existen... y llaman a todos los que se han extraviado: «Estamos aquí, ¿dónde estáis vosotros?». Bastaría con oírlos. Bastaría con escucharlos.

Artyom pestañea y se frota los párpados para que sus ojos vuelvan a contemplar el hoy, no el pasado de hace más de veinte años. Se agacha y abre la mochila.

Ha traído un aparato de radio, un modelo de gran tamaño que se utilizaba en el Ejército. También ha venido con otro trasto: una caja de hierro con una manivela, una dinamo construida por él mismo. Y finalmente saca del fondo de la mochila cuarenta metros de cable: la antena.

Artyom conecta todo lo que hay que conectar, dispone el cable en círculo sobre la azotea, se enjuga la humedad del rostro y, a desgana, vuelve a cubrirse con la máscara. Se pone los auriculares. Recorre las teclas con los dedos. Hace girar la manivela de la dinamo. Un diodo se enciende, se oye un murmullo, y el aparato empieza a vibrar bajo su mano como si tuviera vida propia.

Artyom pulsa el interruptor.

Cierra los ojos, porque tiene miedo de que lo distraigan del murmullo de las ondas y le impidan distinguir la botella que un superviviente ha arrojado desde un continente lejano con un mensaje en su interior. Artyom se mece sobre las ondas. Y da vueltas sin cesar a la manivela, como si estuviera sentado sobre una colchoneta hinchable y remara con la mano.

El auricular silba, emite un «iiiiih...», como un aullido lejano que se hace oír a través del murmullo, tose como un tísico, calla... y vuelve a silbar. Es como si Artyom anduviera por un sanatorio para tuberculosos en busca de un compañero para conversar pero ninguno de los enfermos estuviera consciente. Sólo están las enfermeras, que se llevan el dedo a los labios y dicen: «Chsst». Aquí no hay nadie que pueda darle una respuesta a Artyom, no hay nadie que cuente con seguir vivo.

Nadie de San Petersburgo. Nadie de Ekaterimburgo.

Londres calla. París calla. Bangkok y Nueva York callan.

Hace ya mucho tiempo que no tiene ninguna importancia quién empezara la guerra, ni cómo empezó. ¿Para qué importa? ¿Para la historia? La historia la escriben los vencedores, pero en este caso no queda nadie que pueda escribirla... y muy pronto, tampoco habrá nadie que pueda leerla.

—Chsssst...

Lo que hay en el aire es nada. Una nada sin fin.

—Iiiuhhh...

Los satélites de comunicaciones siguen su curso cual fantasmagóricos zombis. Nadie contacta con ellos, y así llega el día en que, enloquecidos por su propia soledad, se precipitan hacia la Tierra. Prefieren arder en la atmósfera antes que vivir esa existencia.

Ni palabra de Beijing. Tokio calla cual sepulcro.

Pero Artyom gira sin cesar la maldita manivela, gira, rema, rema, gira.

¡Qué silencio! Un silencio imposible. Insoportable.

—¡Aquí Moscú! ¡Aquí Moscú! Respondan, por favor.

Es su voz, la voz de Artyom. Como siempre, no puede soportarlo, no puede esperar.

—¡Aquí Moscú! ¡Respondan, por favor! ¡Respondan!

—liiiuhhhh...

No puede parar. No puede rendirse.

—¡Responda, San Petersburgo! ¡Responda, Vladivostok! ¡Aquí Moscú! ¡Responda, Rostov!

¿Qué te ocurre, San Petersburgo? ¿Tan fácilmente te has dejado destruir? ¿Aguantaste todavía menos que Moscú? ¿Qué es lo que hay ahora en tu lugar? ¿Un mar de cristal? ¿O te ha devorado el moho? ¿Por qué no me respondes?

¿Dónde te ocultas, Vladivostok, ciudad orgullosa al otro extremo del mundo? ¿Estás tan lejos de nosotros, y sin embargo devastada?

—Kchch. Kchch.

—¡Vladivostok! ¡Aquí Moscú! ¡Respondan, por favor!

El mundo entero está echado en el suelo, con el rostro hundido en la inmundicia, y no se da cuenta de la lluvia eterna que golpetea sobre su espalda, ni de que la boca y la nariz se le llenan de agua herrumbrosa.

Pero Moscú... está allí. En pie. Como si aún viviera.

—¿Qué os pasa? ¿Os habéis muerto todos, o qué?!

—Chschschs...

¿Quizá son sus almas que le responden desde el cielo? ¿O es la radiactividad la que tiene ese sonido? Hasta la muerte debe de tener voz. Probablemente lo que oye ahora encajaría bien: un susurro. Psst... ya está bien. No hagas ruido. En silencio. En silencio.

—¡Aquí Moscú! ¡Respondan, por favor!

¿Quizás ya lo oyen?

Quizá dentro de un instante va a toserle alguien en los auriculares, interrumpirá con entusiasmo el murmullo y gritará desde muy, muy lejos: «¡Estamos aquí, Moscú! ¡Os he oído! ¡Responded, por favor! ¡Moscú! ¡No desconectéis ahora! ¡Dios mío! ¡Moscú! ¡Moscú está al otro extremo de la señal! ¡¡Cuántos sois los que seguís con vida?! ¡Aquí tenemos una colonia de veinticinco mil personas! ¡Nuestro suelo está limpio, la radiactividad es cero! ¡El agua no está contaminada! ¡Alimentos? ¡Por supuesto! Y también medicamentos. Vamos a enviaros una expedición de rescate. ¡Aguantad! ¡¡Nos oís, Moscú?! ¡Aguantad!».

—liiiuhhhh...

Nada.

Esto ya no es un intento de contactar por radio, sino una sesión de espiritismo. Que no funcionará. Los espíritus a los que invoca no lo van a obedecer. Se sienten bien en el más allá. Miran desde arriba, por los escasos huecos que quedan entre las nubes, y divisan el cuerpo encorvado de Artyom, y sonríen. ¿Adónde queréis que vayamos? ¿Abajo, con vosotros? ¡Y un cuerno!

—Kchchch...

Artyom suelta la mierda de manivela. Se arranca el auricular de la cabeza. Se pone en pie, enrolla el cable con cuidado, poco a poco, imponiéndose prudencia a sí mismo, porque si dependiera de él, lo haría pedazos y lo arrojaría al abismo desde el piso cuarenta y seis.

Vuelve a meterlo todo en la mochila. Carga a hombros con ella, carga con este Satán, este seductor. E inicia el descenso. Hacia el metro. Hasta mañana.

—¿Descontaminación completa? —pregunta la voz distorsionada del auricular azul.

—Completa.

—¡No he oído bien!

—¡Completa!

—Bueeno...

El auricular chasquea con incredulidad. Artyom, lleno de odio, lo golpea contra la pared.

Se oyó el chirrido del pasador que se retiraba. Entonces la puerta se abrió con un crujido prolongado y el metro arrojó sobre Artyom su aliento viciado y oneroso.

Sukhoy lo aguardaba en el umbral. O bien había presentado a qué hora regresaría Artyom, o bien se había quedado esperando todo aquel tiempo. Lo más probable era que hubiese presentado la hora.

—¿Cómo te va? —le preguntó, fatigado, sin enfadarse.

Artyom se encogió de hombros. Sukhoy lo escrutó con la mirada. Suavemente, como un médico de niños.

—Hay una persona que te busca. Ha venido de otra estación.

Artyom enderezó el cuerpo inconscientemente.

—¿De parte de Melnik?

Había como un tintineo en su voz, como el sonido de un casquillo de bala que cae al suelo. ¿Esperanza? ¿Apocamiento? ¿O quizá alguna otra cosa?

—No. Un viejo.

—¿Cómo es ese viejo?

Las últimas fuerzas que Artyom había logrado encontrar en su interior por

si su padrastro le decía «sí» escaparon repentinamente de su cuerpo y se marcharon por el desagüe más cercano. Ya tan sólo quería echarse.

—Homero. Dice que se llama Homero. ¿Tú lo conoces?

—No. Voy a acostarme, tío Sasha.

Anya no se movía. ¿Estaba de verdad dormida? La idea le vino a la cabeza de manera puramente mecánica, porque en realidad le daba igual si dormía o si tan sólo trataba de aparentarlo. Artyom dejó su ropa hecha un revoltillo en la entrada, se frotó los hombros tiritando, se echó al lado de Anya con disimulo, como un huérfano, se puso de costado y tiró de la colcha para cubrirse el cuerpo. Si hubieran tenido otra colcha, no lo habría hecho.

Según el reloj de la estación eran las siete de la tarde. Anya tendría que levantarse a las diez para ir al cultivo de setas. Artyom, por el contrario, no tenía que trabajar en lo de las setas. Porque era un héroe. ¿O un inválido? Todo lo que hacía, lo hacía por iniciativa propia. Cuando Anya regresaba de su turno de trabajo, Artyom se levantaba y salía a la superficie. Y, luego, mientras ella fingía dormir, se metía en la cama. Así vivían una vida dividida en fases que no coincidían. En un mismo camarote, pero en dos dimensiones distintas.

Artyom trató de cubrirse con la colcha roja sin que se notara. Anya se dio cuenta y, enfurecida, se la arrancó de las manos sin decirle ni palabra. Aquella pelea de idiotas duró un minuto, y al fin Artyom se rindió y se quedó desnudo al borde de la cama.

—Estupendo —murmuró.

Anya callaba.

¿Cómo es que una misma bombilla primero se enciende y después se funde?

Hundió el rostro en la almohada —por suerte tenían dos—, la calentó con su propio aliento y así se durmió. Tuvo un sueño muy desagradable en el que vio a una Anya distinta: la que lo fastidiaba alegremente, se reía, ocurrente, todavía muy joven. Pero ¿cuánto tiempo había pasado? ¿Dos años? ¿Dos días? El demonio lo sabría. Entonces habían pensado que tenían toda la eternidad por delante. Ambos lo habían pensado. Debía de haber pasado esa eternidad desde entonces.

Incluso cuando dormía, Anya se encargaba de hacerle pasar frío. Lo perseguía desnudo por la estación, pero no por odio, sino para divertirse. Y después de despertar, creyó todavía durante un minuto, con la ofuscación del medio dormido, que la eternidad no había pasado, sino que Anya y él todavía se encontraban a la mitad del camino. Quiso llamarla, perdonarla, transformarlo todo en una broma. Pero entonces recordó.